

RESEÑAS



DANIEL CASSANY

AFILAR EL LAPICERO, GUÍA DE REDACCIÓN PARA PROFESIONALES

Barcelona, Anagrama, 2007, 176 pp.

ARIELA KREIMER

Buscando el tono para escribir esta reseña, me topé con un libro de ensayos de G. K. Chesterton y, en él, unas palabras dedicadas al inmortal Esopo me sirvieron de inspiración. Decían: “En la más antigua historia, todo lo que es auténtico es además universal; y todo lo universal es anónimo. Pero siempre se halla algún hombre que es el primero en tomarse el trabajo de reunir lo ya existente y disfrutar de la fama de haberlo creado.”

Algo así se puede decir de nuestro prolífico Cassany y sus necesarias máximas para que los profesionales se desenvuelvan mejor en los escritos que producen como parte de su que-hacer laboral.

En ese sentido, *Afilar el lapicero* es un libro altamente recomendable, útil y correcto. Consta de una “Presentación” y trece capítulos, que detallan una serie de consejos para usar el discurso con perspicacia.

1. Sobre el lector
2. Técnicas de análisis del lector
3. Las voces del autor
4. La organización de los datos
5. Títulos y portadas
6. Índices
7. Resúmenes
8. Prosa
9. Más prosa
10. Diseño
11. Tablas
12. Instrucciones
13. Correspondencias

Ahora bien, afilemos el lapicero y empecemos, igual que Cassany, analizando al lector. En el subtítulo el libro se propone como una *Guía de redacción para profesionales* y dice ser “para los que se ganan la vida escribiendo”. Acuerdo con esto, aunque creo que el conjunto no es tan amplio como al autor le gustaría.

Más adelante menciona que “Economistas, juristas, ingenieros, biólogos, médicos, físicos, investigadores, maestros, sociólogos, abogados... ¡Todos trabajamos con el discurso!”. En eso disiento; trabajan con el discurso escrito de la misma manera en que lo hacen con la palabra hablada, con la imagen o con la decoración de su despacho. Estos aspectos, por nombrar solo algunos, pueden ser fuente de prestigio y credibilidad, pero no *son su profesión*.

Los profesionales a quienes Cassany destina el libro hacen de la escritura una práctica asidua y



habitual; socializan o divulgan sus saberes mediante la escritura y no necesariamente escriben bien, sin embargo... ¿cómo se enteran de que este libro puede ayudarlos si su reseña aparece en revistas cuyos lectores son especialistas en la cultura escrita y no en publicaciones para expertos en leyes, ingeniería o impuestos? He aquí un problema.

Por otra parte, por querer seducir a la porción empresarial de su audiencia, el autor sostiene que los escritos "cierran y abren empresas, promueven empleados o los despiden" y lo cierto es que solo lo comunican, lo asientan, lo registran. De una afirmación semejante se esperaría que el libro se justificara desde la teoría de los actos de habla.

En otra parte de la presentación dice: "Afilar el lapicero se dirige a los que escriben: a los autores, pero también a los correctores, a los editores, a los supervisores, a los jefes que dan el visto bueno, a los lectores que quieren tener criterio". ¿En qué momento los correctores y los editores intervienen en los escritos que releva Cassany? En los pocos casos en que los ejemplos corresponden a textos publicados, no se alude al proceso de edición propiamente dicho. Tampoco se mencionan, en los capítulos 1 y 2, las competencias específicas de correctores y editores cuando se detallan los diversos tipos de lectores especializados, ni cuando se

categorizan los lectores en el proceso comunicativo.

Esa selección de potenciales destinatarios pone en evidencia un terrero que Cassany prefiere evitar: la distinción entre *comunicaciones*, *impresos* y *publicaciones* en los ámbitos empresariales y profesionales. Esta reseña no es el lugar adecuado para hacer una categorización detallada, pero, a grandes rasgos, se podrían clasificar por sus formas de producción y reproducción.

–Las *comunicaciones* son redactadas por cualquier empleado o profesional, supervisado o no. Luego, se "materializan" en una impresora de escritorio y se entregan, se mandan por correo, o se envían por mail a miembros de la misma organización o del entorno, o se archivan. Las cartas y los informes técnicos son ejemplos de este tipo.

–Los *impresos* son textos independientes, redactados especialmente para establecer vínculos con el entorno. Por lo general, se someten a una estricta supervisión y se imprimen por mecanismos industriales. Entre estos se cuentan el prospecto para el correcto uso de un inhalador o el contrato de una hipoteca.

–Las *publicaciones* son libros, diarios o revistas de variada cantidad de páginas, impresos como tales. Por lo tanto, deberían concebirse como productos editoriales, al margen de que la empresa que los financie no sea una editorial. Es decir, que deberían atravesar un proceso de edición, con editores y correctores, sea cual fuere su ámbito específico. Entre estos materiales se encuentran las actas de los congresos, los manuales de instrucciones, la compilación de jurisprudencia.

En cada tipo de documento escrito la responsabilidad del autor es diferente. Por supuesto que sería deseable que cada persona que se sentara frente a una computadora pusiera en práctica

las amables sugerencias que nos brinda el afilado lapicero de Cassany: que todos los autores produjeran textos adecuados a su audiencia y que en ellos expresaran su voz según su conveniencia. Sería bueno que los datos de los informes estuvieran bien organizados, que los títulos y la portada de los artículos de investigación permitieran formarnos una idea precisa de lo que vamos a leer. Es verdad que ganaríamos mucho tiempo si cada documento tuviera un índice que permitiera ir directamente a lo que nos interesa o un resumen que anticipara el contenido. Y cuánto más sencillo sería leer páginas bien diseñadas, con tipografía legible y tablas que permitieran comprender mejor los datos numéricos. ¡Y qué decir de la necesidad de instrucciones confiables y correspondencia sensata!

¿No es demasiada responsabilidad todo esto para profesionales –disintiendo con Cassany nuevamente– a los que *no* se les paga por saber escribir bien? ¿No sería mejor que las empresas tomaran conciencia de la necesidad de contratar personal idóneo para ocuparse de la comunicación escrita? ¿Puede un libro suplir deficiencias de la educación secundaria?

Y vuelvo entonces al principio. Creo que el mérito de Cassany en *Afilar el lapicero* es haber recopilado y sistematizado gran cantidad de consejos prácticos para mejorar la eficacia de los escritos relacionados con las empresas y los ámbitos profesionales. ¡Y que los ponga en práctica quien pueda!

Si mi contador leyera este libro, se lo agradecería. Mientras tanto me contento con que presente las declaraciones juradas en término y me pida ayuda cuando presenta una ponencia a un congreso.

R



TOMÁS SOLARI Y JORGE GÓMEZ (COMPS.)

BIBLIOCASTÍA

Eudeba, 2008, 384 páginas

LILIANA COMETTA

MATAR AL MENSAJERO PARA DESTRUIR EL MENSAJE

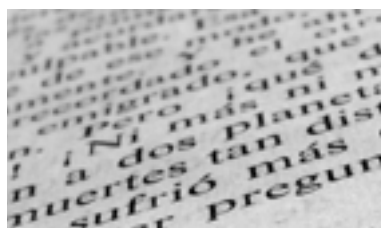
Como ya se aclara en la contratapa de este libro, la palabra bibliocastía no está incorporada en los diccionarios... todavía. No fue reconocida por la RAE. Debería figurar, sin embargo, porque indica cualquier tipo de destrucción deliberada de libros, y esa actividad, lamentablemente, los hombres la vienen desarrollando desde la Antigüedad.

Los artículos incluidos en esta obra son los ganadores del *Concurso Latinoamericano de Investigación y Ensayo "Fernando Báez"*, éste, a su vez, autor del libro *Historia universal de la destrucción de los libros* (Sudamericana, 2005), y de la propia Presentación de *Bibliocastía*, donde cuenta que su padre decía que "las bibliotecas son emboscadas contra la impunidad, contra el dogmatismo, contra la manipulación, contra la desinformación, y ha de ser por eso que han incomodado y siguen estorbando tanto a los poderosos, que las destruyen o las arruinan o, lo que es aún peor, las vuelven inaccesibles".

Como señalan Hernán Invernizzi y Judith Gociol en el Prólogo, la misma editorial que ahora publica este libro, Eudeba, fue víctima de la destrucción

de una parte de su depósito cuando, el 27 de febrero de 1977 los militares golpistas le robaron 90.000 volúmenes sobre cuyo destino nunca más se supo. Ese mismo mes, la policía de la provincia de Santa Fe quemó unos 80.000 libros de la Biblioteca Constancio Vigil, modelo de organización cultural de carácter popular que el régimen militar logró aniquilar. Y ni qué decir de la quema de más de 24 toneladas de libros del Centro Editor de América Latina, realizada en junio de 1980 y "legalmente", por orden de un "cultísimo" juez federal, el Dr. Héctor de la Serna.

Curiosamente se suele pensar que la dictadura militar encabezada por Videla no tuvo una política cultural, pero este es un grave error conceptual. Sí la tuvo, y bien definida, se



preocupó y se ocupó exhaustivamente en destruir o “clandestinizar”, controlar y censurar toda la producción intelectual y artística que procuraba nacer y crecer en esa época.

Pero esta laboriosa tarea en contra de la Humanidad no solo se puede realizar quemando o “desapareciendo” libros. También se puede lograr por otros medios, como entorpeciendo de todas las maneras posibles la recuperación de la información. Así lo señala una de las autoras, la Lic. en Bibliotecología Florencia Bossié: “...cuando clasificamos e indizamos, analizando el discurso de un texto y otorgándole un código o un término identificador que le dará un destino en el estante y en el catálogo, estamos realizando una actividad intelectual siempre subjetiva; es esa actividad la que hará que un lector encuentre o no el libro buscado”. Esto significa que si se cierran bibliotecas, se las deja abiertas pero sin personal, o con personal administrativo, se trasladan los libros a depósitos recónditos, se está contribuyendo eficazmente a retroceder en la cultura y en la memoria de un pueblo.

Esta compilación, bastante ecléctica, reúne trabajos disímiles, pero unidos por el factor común de la persecución, el objetivo claro de la destrucción de los valores culturales, el conocimiento y la amplitud de pensamiento.

Así, Florencia Bossié se refiere a “Recuerdos que resisten: censuras, autocensuras y exilios en la ciudad de La Plata durante la última dictadura militar”; Federico Zeballos a “Bibliotecas y Dictadura Militar. Córdoba, 1976-1983”; Daniel Canosa a “Radios indígenas: aprovechamiento de experiencias para desarrollar colecciones de audio en Bibliotecas Indígenas”; Luis Oporto Ordóñez a “La destrucción de la Memoria Oficial en Bolivia”; Natalia García a “Los contrabandistas de La Vigil”; Beatriz Kessler a “Publicaciones, libros y bibliotecas en la colectividad judeo-progresista argentina”; Silvana Bonacci a “Un golpecito a la palabra” y Julián Barsky a “Gardel y Buenos Aires: el Mito de Cronos. Presencias (y ausencias) de la figura más emblemática de la cultura nacional en las bibliotecas, centros de documentación, archivos y museos”.

Pero también hay una colaboración escrita en portugués, ya que proviene de un investigador brasileño, Cristian José Oliveira Santos, y se titula “Os Primeiros Arquivos Eclesiásticos Brasileiros no contexto da legislação e práticas arquivísticas da Igreja Católica”.

Revisando simplemente los títulos de los artículos se aprecian los infinitos caminos que puede adoptar la práctica de la bibliocastía. Como señala Silvana Bonacci, “A lo largo de la historia de la humanidad hubo dis-

tintas maneras de golpear a los libros: censura, represión prohibición, ocultamiento y quemas. La misión: anular ideas, palabras y pensamientos; herramientas tan temidas por cierto grupo usurpador de poder, a quien le es conveniente encerrar palabras como ‘libertad’ y ‘solidaridad’”.

Por último, en una segunda parte del libro, que más bien es un pequeño Anexo, hacen sus aportes, con textos cortos, Osvaldo Bayer, Perla Zayas de Lima, Jorge Gómez y María Victoria Ramos.

El broche final lo constituye una breve obra teatral, *Bibliocastas*, de los últimos autores mencionados, Gómez y Ramos, que permite al lector sumergirse, en pocas páginas, en la visión del discurso único y la verdad revelada de las fuerzas fascistas en su anhelo (inconcluso, por suerte) de destruir los libros, o sea uno de los soportes, ni siquiera el único, de las ideas.

Habría sido de desear que tan importante aporte elaborado por Solari y Gómez hubiera gozado de un mejor cuidado por parte de los responsables editoriales, ya que en el correr de las páginas, no se puede evitar la tentación de tomar el lápiz y empezar a corregir erratas, problemas de redacción, concordancias, vocabulario repetido y otros detalles que hacen al producto final: un libro bien hecho. Todo eso no quita que *Bibliocastía* sea un libro de imprescindible lectura para todos aquellos que defienden no sólo la libertad de expresión, sino también la libertad en el más amplio sentido.

Esperemos que los *corsi e ricorsi* de la historia no nos conduzcan a que *Bibliocastía* corra el mismo destino que denuncia.

R



LEONORA DJAMENT

LA VACILACIÓN AFORTUNADA. MURENA: UN INTELLECTUAL SUBVERSIVO

Editorial Colihue-Colección Puñaladas, 2007

SEBASTIÁN HERNAIZ

EL MURENA PENDIENTE

Durante muchos años la crítica ha silenciado a Héctor A. Murena bajo la etiqueta de *espiritista y determinista telúrico*. Ligándolo a cierta versión de lo que significa Ezequiel Martínez Estrada –su maestro de la primera hora–, y dejando de leer con la intensidad que textos como *Homo Atomicus o Ensayos sobre subversión* –se piensa hoy– hubieran ameritado, se ha ceñido su pensamiento a lo expuesto en su primer libro, el tan renombrado

como denostado *El pecado original de América*. En los últimos quince años, sin embargo, distintas empresas críticas se han dedicado a rescatar a ese *enfant terrible* que fue siempre Murena y a renovar el modo de leer su obra.

En este contexto –y acaso como corolario de este último movimiento– aparece *La vacilación afortunada*. *Murena: un intelectual subversivo*, un ensayo de Leonora Djament que se propone “decir algo nuevo sobre Murena”. Pero la autora, conciente de que un ensayo crítico –“la vacilación afortunada de la cultura” según lo llamaba Murena– no es una mera descripción de un objeto preestablecido sino una trama de estrategias, operaciones y protocolos de lectura y escritura, buscará elaborar su *novedad crítica* desde una doble vertiente. Por un lado, Djament despliega un minucioso manejo de la obra de Murena que le permite tanto poder recorrer la reelaboración de la negatividad adorniana

que postula el autor, como reconocerlo precursor de problemas teóricos que recién se instalarían en las academias con el postestructuralismo, como también poder escuchar el eco de la solapada respuesta que, como *mínima confidencia*, Borges diera en “El escritor argentino y la tradición” a “Condensación de una poesía” de Murena. Y por otro lado, Djament orientará su ensayo a un análisis de las condiciones de audibilidad de la obra de Murena, ya en su contexto de producción, ya en el presente. Así, dos momentos organizan el libro: un *antes* en el que Murena fue inaudible y un *ahora* que intenta escuchar sus textos.

Djament indaga las zonas que las distintas escuelas críticas *no pudieron* leer. Para esto invierte las restricciones que las han afectado: si pocos han leído más allá de *El pecado...*, si casi todos lo han leído ligado a Martínez Estrada, y si en un intento de renovación crítica se lo ha leído como *la*

repetición de Benjamin en América, la autora reconocerá ese Murena ya caracterizado como “americanista, espiritualista, benjaminiano, incluso heiddegeriano”, pero lo hará para afirmar que “es todo eso, sí, y mucho más”.

Rastreando ese *plus*, Djament construye un Murena que, en su constante contradicción y asistematicidad –rasgos que aquí se legitiman pensando la *vacilación como forma*–, se aleja o participa en constante fuga de las escuelas críticas de moda y de las instituciones establecidas. Murena –escribe Djament– “se va desplazando intelectualmente incorporando y cuestionando no sólo los pensamientos de moda sino los límites y alcances de todo pensamiento y lenguaje”. De este modo, con una negatividad aprendida del Theodor Adorno que ha traducido (Murena es su primer traductor en la Argentina), el autor de *Ensayos sobre subversión* funciona como un punto de fuga del campo intelectual, señalando los límites y falacias de los esquemas que se suponen proveedores de un acceso a la totalidad.

1. Murena, Héctor A., “Observaciones para la segunda edición”, en *El pecado original de América*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1965.

2. Murena, Héctor A., “Prólogo”, en *Ensayos sobre subversión*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1962.

3. “ponerse anacrónico” es lo que propone Murena. Djament, focalizando en el gesto activo del *ponerse*, retoma y respeta su terminología y la emparenta con la propuesta adorniana de *El ensayo como forma* (“La actualidad del ensayo es la actualidad de lo anacrónico”), aunque propondrá como más pertinente la categoría de “acrónico”, como también había postulado Raimundo Lida: “Murena podía interrumpirse y preguntarme de pronto: ‘¿Le resulto yo anacrónico?’: ‘No, sino acrónico’, le contestaba yo.” [cfr. Lida, Raimundo, “Dos o tres Murenas: cartas, recuerdos, relecturas”, en *Revista La anunciación*, Año I, Número 1], 1988.

4. Cfr. Panesi, Jorge, *Críticas*, Buenos Aires, Editorial Norma, 2000.

Así, mientras la sociología *científica* de Germani y sus colaboradores se hacía cargo de los espacios de poder académicos, mientras los defensores de la cultura liberal se atrincheraban desde las páginas de *La Nación* o de *Sur* y mientras la intelectualidad de izquierda se radicalizaba conjuntando existencialismo y marxismo en clave de *engagement*, Djament lee en Murena un movimiento que “trabaja en contra de los esquemas ideológicos imperantes”. Murena denuncia a “la llamada sociología, ese supuesto sistema de conocimiento que se titula científico porque se fundamenta en cifras estadísticas”¹, denuncia la *falsa subversión positiva* que defiende a una cultura que “encubre y es cómplice de la violencia general”, pero también denuncia la *falsa subversión negativa* que, en miras de quebrar las estructuras de dominación, propone la descomposición de *la cultura*, con lo que, argumenta Murena, se perderían las *mediaciones* y en vez de eliminarse “la violencia abierta y oculta del sistema”, sólo quedaría la *violencia directa y sin paliativos*².

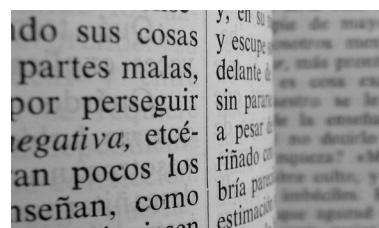
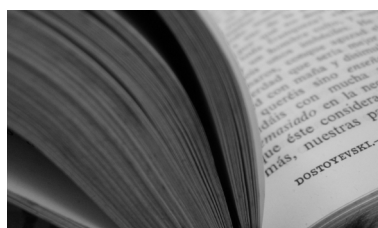
Djament lee en estos posicionamientos una práctica que en Murena se traduce en “ponerse anacrónico”³, el modo que el autor encontraba para ejercer el trabajo crítico propio de un *hombre de letras*: “Sólo se es contemporáneo al sumergirse en la contemporaneidad con la distancia del anacronismo”. Así, a *destiempo* frente a los

discursos e instituciones que hegemonizan el pensamiento, Murena –dice Djament– se *adelanta* a problemáticas que luego se impondrán de la mano de teóricos como Foucault, Derrida o los Bajtín y Benjamin que la academia lee y relee en los ochenta, y también *se atrasa*, retomando teorías del arte románticas, el misticismo oriental, el jasidismo, la Kabbalah y el *I Ching*.

Murena –resume Djament– “tanto como Adorno, subvierte permanentemente los ‘sistemas’ y frustra la intención de totalidad (...). A la búsqueda común en la época de ‘sistemas’ y ‘totalidad’, Murena opone ‘un método asistemático’”.

Dos tiempos señalábamos como organizadores del libro de Djament: el *antes* que no pudo prestar escucha a los libros de Murena de los sesenta y setenta, y el *ahora* que intenta releerlos. En este sentido, las operaciones de lectura que realiza la autora permiten recorrer los *estados de la crítica* (“revolver los escombros de la crítica”, dice ella, estableciendo una filiación con el *modus* crítico de Jorge Panesi, de quien toma la metáfora⁴) del pasado reciente tanto como del campo intelectual contemporáneo.

Para esto es necesario inscribir *La vacilación afortunada* operando –al menos– sobre dos zonas de tensión que articulan discusiones del presente. El título mismo del libro es una estrategia polémica que puede ser desglosada desde este criterio.



Por un lado, la *crisis de las izquierdas* que desde comienzos de los ochenta obliga a rediscutir los conceptos de *intelectual* y *subversivo*. Si la autora, para entender por qué “el pensamiento de Murena fue blanco de pulla o motivo de indiferencia”⁵, retoma el tono autocrítico de Américo Cristofalo, que reconocía en 1999 que “Los jóvenes de los 70 no alcanzamos a leer a Murena”⁶, a su vez contextualiza la posibilidad de esa vuelta reflexiva: “En las últimas décadas, cuando ‘el pensamiento de izquierda’ (así, dicho de un modo general) se ha vuelto menos rígido y ortodoxo, podemos permitirnos un pensamiento materialista que simultáneamente ‘trabaje en contra de la ciencia y con el misterio’”. No es casual que Djament repita en su libro que lo interesante de muchos *gestos* de Murena es el contexto en el que se inscriben: “Murena piensa el arte en términos románticos en *plenos* años 70”. La relectura de las últimas obras de Murena opera de dos modos en el presente: saldando las lecturas *pendientes*, como decíamos, pero también distanciándose del discurso que narra los setenta como una *plenitud* de significado. La relectura del “Murena pendiente” es, en el libro de Djament, una forma de desarticular esos relatos que presentan unos *plenos setenta*: “Murena permite *releer* el campo cultural argentino en tanto ‘punto de fuga’, en tanto lugar que no posibilita el mapeo y encasillamiento fácil de bandos y pensamientos vigentes”. En particular, Djament arremete, siguiendo los embates críticos y los postulados teóricos de Murena, contra diversas formulaciones del hecho literario y artístico defendidas por los grupos que hegemonizaron el relato de los años cincuenta a los setenta: la función social del arte –ya la *autonomía* que es en realidad aislamiento, ya el *arte comprometido*, que

es en realidad limitación–, la crítica cultural cerrada a un *contextualismo unidireccional*, o la estética de la *mimesis* que postula al arte como copia de “la realidad” *inmediata*. Djament discute punto por punto algunos parámetros que caracterizaron a esas formaciones culturales sobre las que recorta a Murena como línea de fuga, y no se priva del uso de ironías como forma de la crítica: “No era Schlegel, *seguramente*, el autor que llevaban bajo el brazo los críticos y ensayistas a comienzos de los años 70 en la Argentina”. El reconocimiento del carácter de *intelectual subversivo* para Murena es una apuesta fuerte que irradia desde el título, contra el sentido *pleno* de los setenta, y abriendo la posibilidad para pensar nuevas formas de *la subversión*.

Por otro lado, la relectura de Murena encuentra en el campo de la sociología otro foco polémico. A mediados de los noventa Jorge Panesi⁷ señalaba un *volverse literatura de cierta sociología*. Este movimiento, que Panesi ponía en paradójica relación con un *volverse sociología de cierta crítica literaria*, debe ser entendido como una lucha de posiciones teórico-críticas que organizan ese campo. Horacio González, el prologuista del libro de Djament y director de la colección donde se publica, en 2000 compiló una *Historia crítica de la sociología argentina*, que, entre otros, presenta un artículo de Djament sobre Murena, y dos artículos sobre el lugar de Martínez Estrada en la sociología contemporánea, ilustrativos del estado de la discusión. Allí, Karina Casella comenzaba preguntándose: “¿Por qué incluir la obra de Ezequiel Martínez Estrada en esta historia de la sociología?, ¿por qué, cuando la sociología se funda casi en su contra en la atmósfera de una polémica por la legitimidad de las escrituras que habrían de constituir el ámbito de la

nueva disciplina científica?; preguntas que son la *pulseada entre el ensayo y la escritura de la verificación con sus documentos y cifras cuadriculadas*”⁸. La reubicación de Murena como ensayista y poeta que implementa Djament, si opera sobre las discusiones de la crítica literaria, no puede ser deslindada de estas discusiones del campo de la sociología. Y aunque Djament distancie a Murena de Martínez Estrada, en la valorización del *ensayo como forma* que hace en su trabajo participa de esa *pulseada* en que se juegan las maneras y el lugar de la sociología en la sociedad, y el viejo Ezequiel vuelve, abandonando también él sus marcas telúricas y deterministas, y poniendo en primer plano la necesidad de releerlo desde su pulso de escritor, desde sus formas de pensar escribiendo.

El trabajo de relectura de Djament, su toma de posición desde el título y el epígrafe del libro a favor del ensayo, su intervención en polémica con el discurso de izquierda sobre los modos del *intelectual subversivo*, *obligan a leer su libro en esta encrucijada*. Y así, como Murena permite repensar el campo *intelectual en el que participaba*, el libro de Djament permite pensar el nuestro.

R

5. Ferrer, Cristian, “La purga de la mente”, en Korn, G. (dir.), *El peronismo clásico (1945-1955). Descamisados, gorilas y contreras*, tomo IV, *Literatura argentina del Siglo XX*, Viñas, D. (dir.), Bs. As., Paradiso, 2007.

6. Cristofalo, Américo, “Murena, un crítico en soledad”, en Cella, Susana (dir.), *La irrupción de la crítica*, vol. 10 de *Historia crítica de la literatura argentina*, Jitrik, N. (dir.), Bs. As., Emecé, 1999.

7. Panesi, Jorge, “Política y ficción o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina”, 1995.

8. Casella, Karina, “Examen sin conciencia: sociología y forma en Martínez Estrada”, en *Historia crítica de la sociología argentina*, González, H. (comp.), Bs. As., Colihue, 2000.